

Renace el Teatro Argentino

Buenos Aires, 21 de Sept. (AFP)—Pese a las dificultades, al miedo y a las intimidaciones consustanciales a un régimen militar como el que gobierna Argentina desde 1976, el teatro argentino ha sobrevivido y renace incluso con un vigor y una audacia crítica que sorprende al público y hasta a los propios autores.

Patente a lo largo de los últimos dos años, esta vitalidad recobrada ha tenido estas pasadas semanas su mejor expresión en una notable e insólita experiencia: "Teatro Abierto" que presenta 21 obras inéditas de 21 autores argentinos escenificadas por 21 directores y 120 intérpretes, a un ritmo de tres espectáculos por noche.

Todos ellos, autores, directores escénicos y actores han trabajado sin cobrar un peso para poder ofrecer el boleto de entrada a un precio equivalente a tres dólares.

Pero la novedad viene sobre todo, de la tonalidad de las obras, abiertamente crítica de la situación social, política y económica en que se halla inmersa hoy la vida argentina.

El teatro del Picadero llenó sus 400 plazas desde las primeras funciones. "El éxito fue inmediato porque las obras hablaban de la realidad, de las dificultades de cada día, en un tono humorístico y crítico. Pero esta experiencia no hubiera sido posible sin la pequeña apertura política practicada por el gobierno y sin un contexto general más permisivo", explica uno de los responsables de "Teatro Abierto".

La permisividad y la apertura no impidieron, sin embargo, a unos desconocidos incendiar a mediados de agosto el Teatro del Picadero que fue enteramente pasto de las llamas. Aunque la investigación no determinó aun oficialmente la causa del incendio, nadie duda del carácter criminal de la acción.

"El teatro fue incendiado porque Teatro Abierto había franqueado la barrera del silencio para convertirse en un fenómeno popular y expresaba ideas que ciertos sectores no podían soportar", afirma este responsable que prefirió guardar el anonimato.

El incendio atemorizó, por un lado, pero desencadenó también un movimiento de solidaridad de tal magnitud que Teatro Abierto renació más vivo que nunca de las cenizas del Picadero, diecisiete salas se ofrecieron de inmediato para acoger el espectáculo. La fiesta sigue todas las noches en el teatro Tabarés, a lleno completo de sus 300 plazas.

Teatro Abierto quería demostrar que el teatro argentino está hoy vivo, y lo ha conseguido. La experiencia refleja, por un lado, "la evolución de Argentina hacia una sociedad menos represiva", según la expresión de un director de escena, y por otro demuestra que había una demanda en el público.

Pero Teatro Abierto nació de la nada. Sus promotores lo reconocen, por lo demás. De hecho, después de un periodo de letargo que siguió al golpe de estado de 1976, la actividad teatral de Buenos Aires comenzó a desperezarse el pasado año. Varias obras, argentinas y extranjeras, como "Boda Blanca" del polaco Rozewicz, abrieron el camino. Se vio que ya se podía "decir cosas", sin chocar necesariamente contra el muro de la censura o de la agresión sistemática.

Por supuesto, ciertas obras desencadenaron reacciones iracundas y hasta se llegó a plantar fuego al teatro, pero pese a todo ello sopla sobre la escena argentina una leve brisa de libertad que permite respirar tanto a los autores como al público.

Autores como Roberto Cossa, Griselda Gambaro,

Carlos Gorostiza, Ricardo Monti y algunos más han izado la bandera de la imaginación recobrada, aunque se digan conscientes de los límites en que se mueven.

Las críticas al régimen, en sus obras aparecen en forma de parábola o de manera simbólica. "Para escribir existe un lenguaje cifrado a través del cual cada autor recrea una realidad. Los autores se adaptan a las circunstancias y, en ciertas situaciones, precisamente por la fuerza de las circunstancias, son más imaginativos", observa Griselda Gambaro.

El teatro argentino actual, nos explica, no tiene nada que ver con el teatro europeo o norteamericano. Hacemos un teatro que habla de la realidad cotidiana. Lo que nos importa de momento no es la estética, y

el público responde sobre todo de manera emotiva".

Entre los grandes éxitos de estas dos últimas temporadas sobresalen, en efecto, dos obras argentinas concebidas para el público de aquí y de ahora, y por consiguiente más aptas para la exportación, como lo reconocen sus autores. Por sus éxitos extranjeros cosecharon éxito notable, aparte de la citada "Boda Blanca"

ca" y "La señorita de Tacaná", del escritor peruano Mario Vargas Llosa.

Si, contrariamente a lo que pasa con el cine y la televisión, el teatro ha podido desarrollarse aquí con relativa libertad, es porque los dirigentes argentinos actuales lo consideran no sin razón como una expresión artística que sólo alcanza a una ínfima minoría, situada más bien en

la alta clase media. Una clase que ha sido la menos afectada por la profunda crisis económica actual y que sigue yendo al teatro, permitiéndole así sobrevivir.

Esta relativa buena salud del teatro argentino no tiene en el fondo, nada de sorprendente. Desde los años cincuenta, y pese a los avatares de la vida política, viene probando su vitalidad y su facultad de adaptación.

Buenos Aires tiene unos 50 teatros, de los cuales sólo dos son oficiales. Todos los demás son "comerciales" o "de arte". El sindicato de actores cuenta 5,000 miembros y otros tantos miembros las escuelas de arte dramático.

La leve brisa que sopla en la vida política ha traído de regreso a Buenos

Aires a varios actores exiliados. Pero hay todavía una "lista negra" no oficial de unos setenta nombres a los que les está vedado la televisión, el cine y los teatros oficiales.

A pesar de los pesares, el teatro argentino sigue adelante, con el apoyo consistente de su público y los pequeños "inconvenientes" del oficio de pensar en voz alta.